

EL SENTIDO DE LA CATEQUESIS EN TIEMPOS DEL PAPA FRANCISCO

¿NUEVAS TAREAS PARA LA INVESTIGACIÓN CATEQUÉTICA?

Salvatore Currò¹

¿CONFIRMACIÓN DE LA RENOVACIÓN CATEQUÍSTICA O PROVOCACIÓN PARA REPENSAR LA CATEQUESIS?

Esta época cultural y eclesial está marcada por esfuerzos y contradicciones, pero también por fermentos de esperanza y de novedad, de los que el papa Francisco se hace intérprete. ¿Qué es y qué será la catequesis? ¿Cuáles son las tareas de la reflexión teológica que acompaña a la praxis catequística, es decir a la catequética?

La catequesis, en sí misma, hoy no es uno de los temas eclesiales más candente. Es un tema *ad intra*, interior en el contexto eclesial, o al menos así es

¹ Artículo publicado en la revista "Catechesi", Salvatore CURRÒ, *Il senso della catechesi nel tempo di Papa Francesco. Nuovi compiti per la ricerca catechetica?*, en "Catechesi" 86 (2017) 1,40-56

percibido. En cambio, se consideran más urgentes los temas *ad extra*, aquellos relacionados con la relación entre Iglesia y sociedad, fe y cultura. La catequesis, en el fondo, ya no es un problema. Después de años de debates, incluso de conflictos, de pruebas de renovación, de pasos hacia adelante y de retornos nostálgicos, parece que ha alcanzado una configuración bastante homogénea y estable, aunque no todavía en el plano de la práctica, al menos en el nivel de la conciencia reflexiva.

La catequética ha hecho su trabajo. Gradualmente ha elaborado una nueva visión de la catequesis, reflejándola en los contenidos, métodos, objetivos, sujetos, dimensiones de la acción catequética; ha puesto en relieve las conexiones de la catequesis con la pastoral (siguiendo diferentes pistas: catequesis familiar, formación de los catequistas, importancia del contexto eclesial, catequesis intergeneracional, etc.); ha precisado el papel de la catequesis en el conjunto de la misión evangelizadora de la Iglesia. La catequética ha profundizado también el horizonte teológico-pastoral de la catequesis, midiéndose con las ciencias teológicas y con las ciencias de la educación y de la comunicación. El eje de la nueva comprensión de la catequesis se puede encontrar en su dimensión eclesial. Se insiste en el hecho que una comunidad cristiana, capaz de un buen testimonio, corresponsable, que desea transmitir la fe, equipada desde el punto de vista educativo y comunicativo, debe actuar como sujeto y como contexto de la catequesis; de esta manera ésta será significativa y eficaz.²

La pastoral catequística y la reflexión catequética, ambas están atravesadas por la sutil convicción que en un plano fundamental (el de la comprensión y el sentido de la catequesis) las opciones ya se han realizado. Ahora se trata de *hacer pasar* la nueva mentalidad (la de la catequesis renovada) a los agentes de pastoral y a toda la comunidad eclesial. Se trata, en definitiva, de invertir en la animación pastoral. Las tareas de la catequética serían substancialmente de carácter metodológico, centradas en la relación teoría-praxis, más exactamen-

2 Esta perspectiva de la eclesialidad y del contexto eclesial de la catequesis es la dominante en la Conferencia Episcopal Italiana (CEI), *Incontriamo Gesù. Orientamenti per l'annuncio e la catechesi in Italia*, 29 de junio de 2014. Reenvío a mi estudio: *Il problematico orizzonte teologico-pastorale degli «Orientamenti». Tra «Documento base» e nuove sfide*, en «Catechesi» 84 (2014-15) 6, 14-32.

te en la relación entre la nueva comprensión de la catequesis y las resistencias que todavía existen en la praxis.

A partir de esta convicción, la enseñanza misma del papa Francisco, y en particular la de la Exhortación Apostólica sobre el anuncio del Evangelio en el mundo de hoy,³ ha podido interpretarse, en los ambientes catequísticos y catequéticos, como una confirmación del camino realizado y, a lo sumo, como una solicitud a algunas aperturas (Iglesia en salida, misericordia, asumir el punto de vista de la periferia, cuidado de la creación, paz, cultura del encuentro...) integrables en el camino ya realizado y sustancialmente en línea con el planteamiento conseguido en estos últimos años.⁴

A primera vista, en efecto, es así. La Exhortación apostólica, donde habla de catequesis, confirma las adquisiciones de la renovación de la catequesis y reitera el valor actual de los documentos que han recogido, inspirado y relanzado la renovación.⁵ Este hecho, entre otras cosas, ha frenado las tendencias nostálgicas de retorno a viejos planteamientos catequísticos. Hoy, en la Iglesia del papa Francisco, ya no se advierte, al menos a nivel oficial, el peligro de renegar de las adquisiciones de la catequesis renovada. En el camino ya trazado, *Evangelii Gaudium* simplemente recuerda algunos aspectos, ya destacados en la reflexión post-conciliar, de la catequesis y que la cultura actual exige poner de relieve: la estrecha relación entre primer anuncio

3 *Evangelii Gaudium* (EG), 24 de noviembre de 2013.

4 Un ejemplo de esta actitud respecto a los temas del papa Francisco es, todavía, el texto de las nuevas Orientaciones para la catequesis en Italia. Este texto, elaborado en gran medida antes del inicio del pontificado de Francisco, ha acogido algunos temas de *Evangelii Gaudium*, reconduciéndolos en el interior del horizonte teológico-pastoral de la catequesis, tal como se ha pensado en los últimos años. Es necesario preguntarse si de esta manera los temas del Papa no son demasiado forzados en un horizonte que no es el suyo. He discutido esta problemática en *Il problematico orizzonte teologico-pastorale degli «Orientamenti»*, cit., 24ss.

5 El texto es claro: «Ya contamos con varios textos magisteriales y subsidios sobre la catequesis ofrecidos por la Santa Sede y por diversos episcopados. Recuerdo la Exhortación apostólica *Catechesi Tradendae* (1979), el *Directorio general para la catequesis* (1997) y otros documentos cuyo contenido actual no es necesario repetir aquí» (EG 163).

(*kerigma*) y catequesis,⁶ la importancia de «la iniciación mistagógica»;⁷ «una especial atención al *camino de la belleza*»;⁸ la atención a situar la propuesta moral en el deseo del bien y en un testimonio alegre.⁹ Nada particularmente nuevo, se diría; sólo acentuaciones o subrayados.

Sin embargo, la pregunta es más compleja y tiene que abordarse con el coraje de cambiar la perspectiva. No se trata sólo de integrar las provocaciones del papa Francisco dentro del camino ya hecho por la catequesis; se trata también, y en primer lugar, de dejarse tocar más radicalmente por estas provocaciones y preguntarnos si estas, en tanto que tocan los fundamentos mismos de la experiencia cristiana y eclesial, no provocan a remodelar, prácticamente y teóricamente, el sentido mismo de la catequesis y su horizonte de comprensión (el horizonte teológico, antropológico, pedagógico). Si es así, las opciones no se habrían hecho. Se volvería a abrir la investigación catequética.¹⁰ La catequesis se convertiría en un tema candente y de nuevo debería verificar su sentido.

Me gustaría seguir esta pista e interrogarme sobre el sentido de la catequesis a partir de tres provocaciones de Francisco, las que me parecen más centrales: la Iglesia en salida, la alegría de la evangelización, la perspectiva de la misericordia. Las provocaciones son demasiado conocidas como para tener que ser documentadas. Me preocuparé en poner de relieve las implicaciones para la catequesis e indicar así las tareas para la reflexión catequética.

6 EG 165.

7 EG 166.

8 EG 167.

9 EG 168.

10 Hoy, a menudo, hay quien se lamenta, entre los catequetas, de una disminución de la atención eclesial y teológica respecto de la catequesis, pero, al mismo tiempo, se esfuerza en comprender cuál debería ser el papel de la catequética. Si las opciones, en el plano teórico, ya se han hecho, en el fondo, ¿no es necesario reabrir la cuestión del sentido de la catequesis, para qué serviría la catequética? Creo que la credibilidad de la catequética depende de sus propias tareas y que debe emerger desde su mismo interior, de la calidad de su investigación, de su capacidad para mesurarse profundamente con los fermentos culturales y eclesiales emergentes, sin pretender demasiados reconocimientos previos desde el exterior.

LA IGLESIA EN SALIDA Y LA CATEQUESIS

El riesgo de salir y el contra-movimiento de gracia

La *Iglesia en salida*¹¹ es *de más* que una Iglesia abierta y capaz de llegar a todos. La insistencia no se agota en la necesidad de superar una pastoral de conservación en beneficio de una pastoral misionera. El *de más* está en la ruptura no sólo con cualquier proselitismo, sino también con cualquier unilateralidad. ¿No es cierto que la evangelización a menudo está atravesada, en el fondo, de unilateralidad, si no a veces por un juicio negativo sobre las personas y sobre la cultura? Es como si la Iglesia tuviese que dar el Evangelio sin tener que recibir nada; como si las relaciones humanas, las que atraviesan toda evangelización, no requiriesen reciprocidad y, por lo tanto, para el evangelizador, la disponibilidad a recibir. Un recibir como este, que a menudo es un don más grande que el dar, es esencial a la identidad misma del cristiano y de la Iglesia. La salida, de la que habla Francisco, no es identidad ya conseguida, sino que es salida *esencial* a la identidad. Es un riesgo real a perder, a perderse.

Mejor arriesgarse a un accidente antes que contraer una enfermedad por permanecer encerrados en sí mismos.¹² Sin el riesgo a perderse no se encuentra a sí mismo. Y el encontrarse no es un cálculo que acompaña a la salida (este, en realidad, la anularía), sino que es un movimiento que viene *del otro y de otro* respecto al mundo propio, en el que descubrimos la gracia de Dios. La identidad está en el signo de la gracia, del recibirse en don; desde el punto de vista del sujeto (ya sea cristiano o no) y desde el punto de vista de la conciencia eclesial, está en el signo del salir (del propio mundo, de los propios proyectos, de las propias convicciones, en definitiva, de sí mismos). La salida evoca el éxodo del pueblo de Israel, incluso antes que el de Abraham; evoca la Pascua de Jesús y la dinámica pascual de su existencia. También evoca el salir de Dios, la

11 Cf. en particular EG 20ss.

12 «Prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades» (EG 49); ver también *El nuevo humanismo en Jesucristo. Encuentro con los representantes de la Iglesia italiana*, Florencia, Catedral de Santa María del Fiore, 10 de noviembre de 2015).

dinámica de la *kénosis*, continuamente evocada por el papa Francisco.¹³ Como se ve, va mucho más allá respecto de la indicación de una atención o de una perspectiva pastoral. Está en juego nuestra propia identidad eclesial, cristiana, humana. Y solamente en relación con el riesgo de salir, se encuentra al Dios de Israel y de Jesucristo.

Dios nos viene al encuentro desde *fuera* de la comunidad eclesial. Por lo tanto, no podemos permanecer en la lógica que Cristo lo encontramos en la comunidad eclesial, para llevarlo fuera de ella; como si Él, en aquél fuera, no hubiese llegado ya. Dios nos viene al encuentro desde los de otros, desde otros lugares, desde las periferias, justamente desde donde habíamos ido a llevar el evangelio.¹⁴ Nuestro riesgo a salir nos abre a un *contra-movimiento de gracia* que es el que nos salva, el que nos cura, incluso desde el ejercicio sutil de poder que se esconde en toda relación que se queda unilateral (incluso también en relaciones de evangelización).

La catequesis en los lugares de todos y a partir de la llamada de verdad de lo humano

Si los otros lugares son los lugares desde los que Dios viene a encontrarnos, ¿por qué no habitarlos? En realidad, intentamos habitarlos o ya los habitamos. Son los lugares de la vida cotidiana, del trabajo, del barrio donde vivimos. Son nuestros lugares y de los otros, de las personas que encontramos y de aquellas que evitamos. Son los lugares donde levantamos muros y donde, algunas veces, los rompemos, donde encontramos barreras y donde nos sentimos provocados a sobrepasarlas. Son lugares familiares y, al mismo tiempo, extranjeros, lugares que ya habitamos y, al mismo tiempo, que todavía tenemos que habitar. ¿Por qué no habitarlos a partir de los signos de bien y de presencia de Dios que ya están allí? ¿Y por qué no pensar el crecimiento de fe y la educación a la fe con más decisión a partir de estos lugares y de estas señales? Esto implica apertura de mente y de corazón, disponibilidad a entrar serenamente en dinámicas de diálogo, capacidad de decir el Evangelio en

13 Ver, por ejemplo, *ibid.*, donde, a partir de la *kénosis* de Cristo se invita a los sentimientos de humildad, de desinterés y de la felicidad.

14 Cf. *Id.*, *Discurso a los participantes en el Congreso Internacional sobre la catequesis*, 27 de Septiembre de 2013, 3.

procesos relacionales marcados por la reciprocidad, como en un intercambio de dones. El terreno del diálogo, del intercambio y de la evangelización sería aquel *de más* de llamada y de don que se oculta en cada experiencia y en cada relación humana.

Las actividades humanas, en efecto, están atravesadas por llamadas de verdad, que llevan dentro de ellas la presencia de Dios.¹⁵ A partir de ellas y en relación con ellas, los cristianos están en camino con todos, en un verdadero intercambio.¹⁶ El lugar del encuentro, el lugar del crecimiento (para todos, cristianos y no cristianos) es lo humano y la llamada de verdad que lo atraviesa. ¿Este no es también el lugar del encuentro con el Evangelio? ¿No se advierte la compañía de Jesucristo, en realidad, mientras se responde a las llamadas de verdadera humanidad? Por supuesto es necesario un anuncio, pero lo tiene que situar en un contexto en el que se va dando a conocer la verdad de lo humano y la sinceridad del camino. Por otro lado, ¿en el corazón de lo humano, de cada hombre, no se esconde, invisible pero poderosa, la obra de Dios? Y la misma Iglesia, ¿no nace de la obra de Dios? ¿No nace, radicalmente, desde fuera de sí misma, es decir *en salida*, en un movimiento de don recibido? Sus recursos, las Escrituras y los sacramentos, ¿no están radicalmente bajo el signo del don y no llevan las señales de la verdad de nuestra humanidad, de la que también toman vida?

Un desplazamiento de acento se está llevando a cabo en la praxis pastoral. La dialéctica Iglesia-mundo, fe-cultura, creyentes-no creyentes se está redimensionando. Por otro lado, ¿dónde vive la Iglesia si no es en el mundo? ¿Qué sentido tiene distinguir y poner la fe y la cultura una frente a la otra? ¿Y no es cierto, como le gustaba decir al cardenal Martini, que la creencia y la no creencia conviven en el corazón de cada uno de nosotros?¹⁷ Otra dialéctica se

15 Cf. la doctrina del Vaticano II sobre la «legítima autonomía de las realidades humanas» (GS 36).

16 Según la bella perspectiva, que debe tomarse literalmente, con la que se abre *Gaudium et Spes*: «Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón» (n. 1).

17 Así lo afirma Francisco recordando el testimonio de Martini: «Cada creyente lleva en sí mismo la amenaza de la no creencia y cada no creyente lleva en sí la semilla de

abre paso, más decisiva, que en realidad es como un dilema que nos atraviesa, que se impone en la concreción de lo cotidiano y que tiene sabor bíblico: ¿la alegría o la tristeza, la apertura o el encerrar, el bien o el mal, la vida o la muerte?¹⁸ Siempre estamos en el dilema. Siempre tenemos la posibilidad de responder a la llamada del bien o de acallarla, de habitar el espacio del otro y del encuentro o de permanecer encerrados en nuestro espacio, de posicionarnos en las huellas de la obra de Dios o permanecer en nuestro mundo, de abrir los ojos (tal vez reconociendo a Cristo como compañero de viaje) o permanecer presos del miedo y de la angustia.

La manera de hacer, de actuar y de hablar de Francisco está rompiendo, o relativizando, los muros entre creyentes y no creyentes. Sus intervenciones a menudo evocan la llamada, para todos, de la verdad de lo humano, que adopta formas diversas: es llamada al encuentro verdadero, a dejarse alcanzar por la llamada del pobre; es invitación a no dejarse arrollar por el dios dinero; a reaccionar a la cultura de la indiferencia y del descarte. La llamada al Evangelio está en estrecha conexión con la llamada a la verdad de lo humano y es provocación, tanto para creyentes como para no creyentes. Ciertamente, sigue existiendo la distinción, que también requiere atenciones lingüísticas y metodológicas diferentes, pero la apuesta es común y, en el fondo, la llamada a la conversión y la promesa de la alegría son para todo el mundo. Es interesante, en este sentido, pensar en las diferentes perspectivas comunicativas de *Evangelii Gaudium* y de *Laudato si'*: la primera trata un tema eclesial (la evangelización) y se dirige particularmente a los cristianos, la segunda trata un tema secular, es decir de todos (el *cuidado de la casa común*);¹⁹ pero una misma corriente las une:

la fe» (*Prefacio*, en C.M. Martini, *Le cattedre dei non credenti*, a cura de V. Pontiggia, pref. del papa Francisco, Bompiani, Milán, 2015, XVII).

18 Ver, por ejemplo, la doctrina de los dos caminos, que a menudo aparece en el Antiguo Testamento, por ejemplo, en Dt 30,15 («Mira: hoy pongo delante de ti la vida y el bien, la muerte y el mal») o en el Salmo 1; o las alternativas que a menudo pone Jesús, por ejemplo, en Lc 16,13: «Ningún siervo puede servir a dos señores, porque, o bien aborrecerá a uno y amará al otro, o bien se dedicará al primero y no hará caso del segundo. No podéis servir a Dios y al dinero».

19 Francisco precisa: «En mi exhortación *Evangelii gaudium*, escribí a los miembros de la Iglesia en orden a movilizar un proceso de reforma misionera todavía pendiente. En esta encíclica (*Laudato si'*), intento especialmente entrar en diálogo con todos acerca de nuestra casa común» (*Laudato si'*, Carta Encíclica sobre el cuidado de la casa

una provocación y una promesa de vida que son para todo el mundo. Sobre esta base, se relativiza el choque y se hace posible un diálogo verdadero entre creyentes y no creyentes, libre de intereses, proselitismos o ideología, y atento a la verdadera apuesta. Sobre esta base, la evangelización, el anuncio de Jesucristo, el diálogo sobre la fe, vuelven a tomar significado y fuerza.

La catequesis actual, en realidad, está situada en la polaridad que está perdiendo actualidad, la polaridad (o dialéctica) Iglesia-sociedad, creyentes-no creyentes, fe-cultura. Esta se constituye sobre el fondo de la problemática de la secularización, de la indiferencia religiosa, es decir, de la distancia (a colmar) entre Iglesia y sociedad; acompaña el camino del no-creyente o del poco creyente hacia una fe madura (o *adulta*, como se acostumbra a decir); intenta iniciar a la vida cristiana e integrar eclesialmente a aquellos que se manifiestan abiertos a acoger el mensaje cristiano o que inicialmente ya están orientados a la vida cristiana. Para que este acompañamiento (esta obra de la catequesis) sea eficaz, se necesita una comunidad cristiana creíble, con una credibilidad que se mide principalmente en la fidelidad al Evangelio. En esta polaridad, los temas catequéticos más comunes son los relativos a la Iglesia como sujeto, lugar y contexto de la catequesis, o aquellos relacionados con la correlación o integración entre fe y vida, mensaje cristiano y experiencia, o aquellos relativos a la significatividad cultural y existencial del Evangelio.

Pero, moverse en esta polaridad, ¿no termina manteniendo la clausura intraeclesial de la catequesis? ¿No termina desviando el dilema mencionado anteriormente y también la otra polaridad, la instaurada por la llamada de verdad de lo humano? ¿No termina consagrando, cuando justamente querría superarlas, las barreras entre el que está fuera y el que está dentro de la Iglesia? ¿La conversión y el progresivo acercamiento a Jesucristo no deberían de estar *situados* en la progresiva respuesta a la provocación de lo humano y en favorecer *corporalmente* la obra de Dios ya en acto en el corazón de cada hombre? ¿Se puede pensar una catequesis que tenga como contexto y lugar la obra de Dios en el corazón de lo humano? ¿Se puede pensar una catequesis que tenga por sujeto, más que la Iglesia, la obra de Dios, de la que la Iglesia es mediadora y de la cual, de cualquier modo, la Iglesia misma vive? ¿No se debería pensar

la catequesis primariamente en relación con la Palabra, radicalizando esta relación y restituyendo a la Palabra todo su carácter de gracia y de iniciativa de amor para todo hombre? ¿La catequesis no es, en el fondo, testimonio del hecho que Dios habla y ya está hablando a cada hombre?

En realidad se está produciendo un movimiento de descentralización pastoral que implica también a la catequesis. Hay muchas experiencias de catequesis en las casas y en los lugares de la vida cotidiana, muchos intentos de devolver a los padres (no por falta de interés, sino en una genuina lógica de acompañamiento) la tarea de educar en la fe; hay muchos esfuerzos de alianzas educativas (con los profesores de religión, con la escuela, con los agentes educativos en el territorio, etc.) también en relación con la educación a la fe.²⁰ Hay intentos de primer anuncio y de catequesis en lugares seculares (las plazas, los lugares de encuentro de los jóvenes, los lugares de trabajo, etc.). La lógica, sin embargo, sigue siendo la de la conversión misionera de la pastoral y de una evangelización que debe alcanzar a todos. Estas experiencias descentradas, además, se caracterizan más como primer anuncio que como catequesis y, en cualquier caso, a menudo continúan atravesadas por lógicas sutilmente unilaterales, a veces en el contexto de valoraciones negativas en relación con la cultura y con los lugares alcanzados. En diferentes ambientes eclesiales se habla casi exclusivamente de relativismo, indiferencia respecto de la fe y de la Iglesia, descristianización, alejamiento de las raíces cristianas, ateísmo práctico. Son categorías que ayudan a comprender los problemas, pero que llevan en su interior un fondo de negatividad. Deberíamos habitar los espacios seculares más serenamente respecto a la indiferencia o al menos en relación con el Evangelio, y más atentos a señalar la diferencia entre la forma de vida verdaderamente humana de habitar y la forma que no es humana. Esta *diferencia*, provocación para todos (catequista y catequizando, evangelizador y evangelizando), es la que nos salva (a todos, creyentes y no creyentes) de la *indiferencia*, y en el fondo está en la raíz de un verdadero interés o de un desinterés respecto del Evangelio.

La catequética debería pensar la catequesis más en el contexto de la verdad de lo humano y de la obra de Dios en el mundo, en la historia y en el corazón de

20 Cf. CEI, *Educare alla vita buona dal Vangelo*, Orientamenti pastorali dell'Episcopato italiano per il decennio 2010-2020, 27 de mayo de 2010, 35ss.

cada uno, que en el contexto eclesial. Por supuesto, esta problemática abre de nuevo una pregunta, típicamente eclesiológica, la de la génesis y de la constitución de la Iglesia, y de su relación sacramental con el Reino de Dios. La catequética, en este sentido, no sólo abre de nuevo sus tareas, sino que plantea cuestiones radicales para toda la teología. Pero la cuestión del contexto de la catequesis reenvía también a las cuestiones, exquisitamente catequéticas, del contenido de la catequesis y del primer anuncio, de la relación entre primer anuncio y catequesis, y, en última instancia, de la relación entre catequesis y Palabra de Dios. Esta, como se ha dicho, debe ser repensada de nuevo y radicalizada, y puede convertirse en un eje de una nueva reflexión catequética.

LA ALEGRÍA DE LA EVANGELIZACIÓN Y LA CATEQUESIS

El primer anuncio, la catequesis y la atmósfera de alegría

El tema del primer anuncio ha asumido, en estos últimos años, una relevancia particular tanto en la praxis eclesial como en la reflexión catequética. El papa Francisco vuelve a tomar el tema en *Evangelii Gaudium* y subraya su centralidad en la misión de la Iglesia: el primer anuncio (o *kerigma*) «debe ocupar el centro de la actividad evangelizadora y de todo intento de renovación eclesial». El Papa también pone de relieve el carácter de acontecimiento trinitario del *kerigma* y explicita su contenido: «El *kerigma* es trinitario. Es el fuego del Espíritu que se dona en forma de lenguas y nos hace creer en Jesucristo, que con su muerte y resurrección nos revela y nos comunica la misericordia infinita del Padre. En la boca del catequista vuelve a resonar siempre el primer anuncio: “Jesucristo te ama, dio su vida para salvarte, y ahora está vivo a tu lado cada día, para iluminarte, para fortalecerte, para liberarte”. Cuando a este primer anuncio se le llama “primero”, eso no significa que está al comienzo y después se olvida o se reemplaza por otros contenidos que lo superan. Es el primero en un sentido cualitativo, porque es el anuncio principal, ese que siempre hay que volver a anunciar de una forma o de otra a lo largo de la catequesis, en todas sus etapas y momentos. Por ello, también “el sacerdote, como la Iglesia, debe crecer en la conciencia de su permanente necesidad de ser evangelizado”».²¹

21 EG 164.

Después de haber reiterado que el *kerigma* no tiene que ser abandonado nunca (que es precisamente este el que da solidez a la catequesis) y después de haber caracterizado la formación como «profundización del *kerigma*», el Papa destaca «algunas características» que hoy son necesarias en el anuncio («en todos los lugares»). Es necesario «que exprese el amor salvífico de Dios previo a la obligación moral y religiosa, que no imponga la verdad y que apele a la libertad, que posea unas notas de alegría, estímulo, vitalidad, y una integralidad armoniosa que no reduzca la predicación a unas pocas doctrinas a veces más filosóficas que evangélicas. Esto exige al evangelizador ciertas actitudes que ayudan a acoger mejor el anuncio: cercanía, apertura al diálogo, paciencia, acogida cordial que no condena».²²

Estas características de actualidad del anuncio y estas disposiciones del evangelizador ponen el acento en una perspectiva positiva marcada por amor, acogida, alegría. Estas no se refieren a simples atenciones metodológicas, casi extrínsecas al anuncio, sino que aluden al contexto, a la atmósfera del anuncio mismo. Tales recomendaciones del Papa tienen que pensarse en relación con el sentido de la evangelización tal como emerge en toda la *Evangelii Gaudium*, y en primer lugar a partir de la invitación, con la que se abre la Exhortación, a una evangelización «marcada» por la «alegría».²³ Hoy todos corremos el riesgo, para todos, incluyendo a los creyentes, de «una tristeza individualista».²⁴ Sin embargo, la experiencia de fe está marcada radicalmente por la alegría. La Escritura lo atestigua repetidamente.²⁵ El encuentro con Jesús, muerto y resucitado, nos da una alegría que nadie nos puede quitar.²⁶ Pero a veces los cristianos «parecen tener un estilo de Cuaresma sin Pascua».²⁷ A veces nos engullimos en juicios radicalmente negativos acerca de la realidad. Tal vez porque no emerge suficientemente lo que afirmó con tanta fuerza Benedicto XVI: «No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un

22 EG 165.

23 EG 1.

24 EG 2.

25 EG 3-5.

26 EG 5. La referencia es a Jn 16,22.

27 EG 6.

acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva».²⁸ Este encuentro, que es «encuentro —o re-encuentro— con el amor de Dios, nos libera —explica Francisco— del aislamiento y de la autoreferencialidad» y nos abre a la verdad de nuestra humanidad; así «llegamos a ser plenamente humanos cuando somos más que humanos, cuando le permitimos a Dios que nos lleve más allá de nosotros mismos para alcanzar nuestro ser más verdadero».²⁹

¿Falta de sentido o reconocimiento del de más?

Estas conexiones entre primer anuncio, contexto cultural, preocupación de esencialidad, centralidad del encuentro, invitación a ser más que humanos para ser humanos, primacía de la alegría, merecen ser profundizadas. Se abren reflexiones nuevas para la catequética. En gran medida esta se ha centrado en la relación entre primer anuncio y catequesis, en el contenido del primer anuncio y sus posibles acentuaciones (la Pascua de Jesús, el Jesús pre-pascual, el Reino de Dios), en su finalidad (suscitar la conversión a Cristo) y en las consideraciones humanas (diálogo, encuentro, intercambio) que dan credibilidad al anuncio. Pero deja fuera: la cuestión de la alegría, entendida en sentido fuerte (como alegría que nadie nunca nos puede quitar); la conexión de esta alegría con el humano o con el *más que* humano; las cuestiones, en general, de la atmósfera o del clima del anuncio, entendidas en sentido radical y no instrumental.

El riesgo que el anuncio, que también es una buena noticia, se lleve a cabo dentro de un horizonte y una atmósfera marcados por la tristeza no es infrecuente. Y esto también puede ocurrir donde, a primera vista, parecería que hay alegría. A veces, la alegría de los cristianos está sutilmente forzada, es una alegría que *sobreviene*. Está vinculada a la percepción de la llegada imprevista de Dios en una situación existencial marcada por la falta de sentido, y a menudo por desilusiones, fracasos, errores, pecados. Algunas historias de conversión están atravesadas por la dinámica: «Sin Dios, mi vida no tenía sentido, con Dios he encontrado el sentido». (Pero la vida sin Dios, ¿realmente

28 *Deus caritas est*, Carta encíclica sobre el amor cristiano, 25 de diciembre de 2005, cit. en EG 7.

29 EG 8.

no tiene sentido? Y, ¿qué significa una vida sin Dios?). La misma dinámica se encuentra también en las experiencias más comunes. El encuentro con Dios se desarrolla generalmente en el horizonte de necesidades que son satisfechas, aunque se trate de necesidades altas y nobles: de significado, de sentido, de autenticidad, de misterio, de oración, de encuentro, de Dios. El horizonte del anuncio parece que sería el de un *vacío que tiene que ser llenado*.

En estos años, en el plano metodológico y de comprensión de la identidad de la catequesis, se ha respondido con el esquema de pregunta-respuesta, mediante el cual, por un lado (la parte de la experiencia) habría las preguntas, y del otro (la parte del mensaje cristiano y de Dios mismo) habría las respuestas; así como también con el esquema que contrapone (¡para luego unificar lo que primero ha contrapuesto!) las exigencias de realización y de plenitud de vida (de parte de la experiencia) y el relleno o el don de la plenitud (de parte del Evangelio y de Cristo) . Se ha aprendido a hacer emerger que el Evangelio suscita preguntas (no sólo respuestas), vacía de falsas seguridades e ilusiones (no sólo vuelve a llenar). Sin embargo, en un plano más fundamental (de horizonte), el esquema del vacío para ser llenado continua presente. La acción evangelizadora se esfuerza, en el fondo, en mostrar que una vida sensata es posible con Dios: la vida permanece del lado de la falta de sentido (del vacío) y el Evangelio de la parte del relleno (del pleno).

Este planteamiento transmite, en el fondo (en un plano invisible, atmosférico, de aire que se respira), que la vida vale poco; y por lo tanto transmite tristeza. Si el sentido de la vida viene de Dios, la vida sin Dios *todavía no tiene* sentido o le falta sentido (o sentido pleno). Si la alegría procede del encuentro con Cristo, cuando *todavía no se le* ha encontrado se estaría poco alegres o tristes. En realidad, existe un riesgo en la evangelización de anunciar Cristo, la buena noticia, en un horizonte marcado por la tristeza, o al menos por el hecho que la alegría todavía tiene que llegar.

La catequética tiene que trabajar en un horizonte (de anuncio y de encuentro con Dios) marcado por el *ya más que por el todavía no*. La vida y la historia de cada uno, por mucho que sea problemática y dolorosa, ya lleva en su interior recursos, energías y signos de bien. Lleva en su interior, ocultas pero reales, las *huellas* de semejanza con Dios y de la redención de Jesucristo. En

realidad, Dios *ya* nos ha encontrado, *ya* ha tomado la iniciativa. Él es más íntimo a nosotros que nosotros mismos. El encuentro con Dios pasa por el *reconocimiento* de las riquezas y de las huellas de bien que ya atraviesan la existencia. También pasa por el reconocimiento del *de más* de humanidad que atraviesa nuestra humanidad.

Este *de más* no es una falta de sentido, sino que es por ejemplo aquel de más de humanidad que está inscrito en los lazos con los demás y que, cuando los experimentamos con sinceridad, emerge. Es el de más de don que nosotros mismos somos respecto de aquello que creemos ser y que emerge cuando nos pasamos por alto o cuando nos hacemos don para los demás. Es un de más que implica reconocimiento, generosidad de don, disponibilidad a dejarse coger (por una llamada o por una promesa, simplemente advertidas). Este *de más* se da en un camino de sinceridad, de verdadera humanidad, cuando aflora la riqueza inesperada que se esconde en nosotros y en los otros; cuando las relaciones humanas, a pesar de sus problemas y conflictos, muestran su carácter de gracia para la identidad de cada uno.

Las relaciones y las vicisitudes humanas están más marcadas por el esfuerzo en reconocer el don que por la falta de sentido. Los diálogos y las relaciones tienen que hacer emerger los tesoros escondidos en el suelo que, a primera vista, puede parecer (y de hecho lo es) accidentado y seco. En realidad, es un suelo rico y necesita agricultores que no se detengan en la superficie. El anuncio del Evangelio y la mediación eclesial están en el interior de la trama de las relaciones humanas y se debaten en estos esfuerzos del reconocimiento, del saber acoger y reconocer los dones, del rendimiento del *de más* que nos atraviesa.

La catequesis y la alegría que nadie puede quitar

Cristo, profesado y anunciado por la Iglesia, es interlocutor, compañero de camino, en el incierto y fluctuante camino de cada uno. Se le intercepta donde surge la posibilidad del rendimiento al don, donde la vida se vuelve sincera, abriéndose al *de más*. El reto sabe más de sinceridad-verdad que de sentido.

El nombre de Jesucristo desde el principio (desde la primera vez que se lo pronuncia e incluso antes de pronunciarlo) está ligado a la atracción del bien (de la belleza, de la verdad), que está ahí y que se esconde en el corazón de cada uno. Mientras pronunciamos o escuchamos su nombre *ya* estamos en el corazón de la vida, estamos respondiendo o bien nos estamos cerrando a la llamada del bien; esto es cierto para nuestros interlocutores y para nosotros mismos, para los evangelizados y para los evangelizadores. *En el momento* del anuncio, *durante* la catequesis, estamos amando u odiando, estamos respondiendo al hermano o nos estamos cerrando a su llamada, estamos habitando el de más o no, estamos recorriendo las huellas del paso de Dios o estamos huyendo de este. El nombre de Jesús siempre es signo de tropiezo y de escándalo. Siempre está como en el interior de una alternativa. Podemos decirlo en la compasión por el otro que nos interpela y mientras le respondemos, como Pedro, «No tengo plata ni oro, pero lo que tengo te doy» (Hch 3,6). Podemos decirlo permaneciendo encerrados en nosotros mismos, en la unilateralidad, cubriendo intereses egoístas o ansia de poder; en un decirlo diabólicamente (el diablo en el evangelio reconoce a Jesús), o en una lógica de «mundanidad espiritual».³⁰

El anuncio eclesial (el primer anuncio, la catequesis que lo desarrolla) a menudo ha perdido esta capacidad de evocar el dilema en el que siempre nos encontramos. Se preocupa de recordarnos lo humano en el plano del contenido y de la elaboración lingüística, pero no advierte las condiciones y las implicaciones en el plano del contexto o de la atmósfera del mismo anuncio. Prevalece la preocupación por mostrar el sentido o la significatividad del mensaje para la vida, en lugar de la preocupación por la sinceridad-verdad de la vida. Lo importante es decir y *cómo* decir Cristo, en lugar de *cuándo* decirlo y *cuándo* guardar silencio, en *qué condiciones* hay que decirlo y *en qué situaciones* es mejor callarlo. Nuestras preocupaciones a veces parecen estar fuera de sintonía con las del Evangelio. Algunas veces Jesús era sobrio en hablar de sí mismo e invitaba, por ejemplo, a no decir que Él era el Mesías.³¹ Su hablar, más que por una preocupación de significatividad estaba animado por el deseo de alcanzar el corazón y tenía la fuerza (serena, sin forzar) de exponer el dilema

30 Ver EG 93-97.

31 Cf. el tema del llamado *secreto mesiánico*, especialmente en el Evangelio de Marcos.

de lo humano. En el Evangelio está constantemente en juego la acogida o la no acogida, la apertura del corazón o la cerrazón, la disponibilidad a asumir riesgos o permanecer en las garras de sus propios miedos. En lugar de mirar a las Escrituras para extraer el contenido del primer anuncio, de alguna manera deberíamos entrar en ellas para que nuestro anuncio sea *según* las Escrituras.

El primer anuncio, ya lo sabemos, está orientado a suscitar la conversión. Deberíamos entrelazar profundamente la conversión a Jesucristo con la conversión a la verdad de lo humano (es decir, la llamada de bien, de verdad, de belleza, que la vida lleva en su interior). Deberíamos superar la lógica *consecuencial* (nos convertimos a Cristo para abrirnos a las cosas humanas, pero también la contraria: nos abrimos a las cosas humanas para encontrar a Jesucristo), y abrirnos a una lógica de la *simultaneidad*. Una verdadera apertura a Cristo sólo puede realizarse desde la perspectiva del feliz descubrimiento de un compañero de viaje, *mientras* se recorren los difíciles caminos de lo humano y *mientras* ya nos estamos dejando alcanzar por las llamadas de verdad. El papa Francisco da un nombre a estas llamadas (y a los dilemas): el encuentro y no la indiferencia, hacerse constructores de puentes y no de muros, posicionarse del lado del excluido y no del prepotente, la sobriedad y la no subordinación al dios dinero, asumir la mirada de la periferia no la del centro.

Cuando el Evangelio se pronuncia, mientras se recorren estos dilemas y mientras nos posicionamos del lado de la verdad de lo humano, este recobra frescura, resuena cargado de humanidad y de verdad, libera su fuerza siempre antigua y siempre nueva. El papa Francisco, más que explicitar las implicaciones sociales del Evangelio y más que indicar las condiciones humanas para la acogida del Evangelio, se hace signo (y nos hace signo) de un entrelazamiento más radical entre Evangelio y verdad de lo humano. Está restituyendo *sonido* al Evangelio, invitando a abrirse al *de más* de humano que habita en el corazón de lo humano. Este *de más* no procede de fuera de la existencia, no tiene nada de superestructura y de imposición limitadora, que como máximo podría producir una alegría falsa y forzada. Es un *de más* que provoca pero al mismo tiempo libera y, precisamente porque está en el corazón de lo humano, es concreta y verdadera posibilidad de alegría: la alegría que nadie puede quitar.

LA PERSPECTIVA DE LA MISERICORDIA Y LA CATEQUESIS

La Iglesia en las huellas de la misericordia de Dios

Si el nombre de Dios es misericordia,³² la Iglesia tiene que ser signo vivo de ella. Es fuerte el impulso del Papa a sentir y a pensar la Iglesia, su pastoral, su evangelización, en la perspectiva o en el signo de la misericordia. No se trata de una estrategia de diálogo con el mundo contemporáneo, ni un ingenuo bonismo u optimismo que no ve los males del mundo contemporáneo. Se trata, en el fondo, de la fidelidad de la Iglesia a su Señor.

Esta fidelidad, por supuesto, abre una ruta de acceso segura al corazón de los hombres y de las mujeres de hoy. Es el camino del Concilio que Francisco interpreta en la perspectiva de la misericordia, refiriéndose al *Discurso de apertura* de san Juan XXIII³³ y al *Discurso de clausura* del beato Pablo VI.³⁴ Escribe en la *Bula de convocatoria del Jubileo extraordinario de la misericordia*: «Vuelven a la mente las palabras cargadas de significado que san Juan XXIII pronunció en la apertura del Concilio para indicar el camino a seguir: “En nuestro tiempo, la Esposa de Cristo prefiere usar la medicina de la misericordia y no empuñar las armas de la severidad... La Iglesia Católica, al elevar por medio de este Concilio Ecuménico la antorcha de la verdad católica, quiere mostrarse madre amable de todos, benigna, paciente, llena de misericordia y de bondad para con los hijos separados de ella”. En el mismo horizonte —prosigue Francisco— se colocaba también el beato Pablo VI quien, en la Conclusión del Concilio, se expresaba de esta manera: “Queremos más bien notar cómo la religión de nuestro Concilio ha sido principalmente la caridad... La antigua historia del samaritano ha sido la pauta de la espiritualidad del Concilio... Una corriente de afecto y admiración se ha volcado del Concilio hacia el mundo moderno. Ha reprobado los errores, sí, porque lo exige, no menos la caridad que la verdad, pero, para las personas, sólo invitación, respeto y amor. El Concilio ha enviado al mundo contemporáneo en lugar de deprimentes diagnósticos, remedios alentadores, en vez de funestos presagios, mensajes de

32 Ver FRANCISCO, *Il nome di Dio è misericordia, Una conversazione con A. Tornielli*, Libreria Editrice Vaticana - Piemme, Ciudad del Vaticano - Milán, 2016.

33 *Gaudet Mater Ecclesia*, 11 de octubre de 1962, 2-3.

34 *Alocución en la última sesión pública*, 7 de diciembre de 1965.

esperanza: sus valores no sólo han sido respetados sino honrados, sostenidos sus incesantes esfuerzos, sus aspiraciones, purificadas y bendecidas... Otra cosa debemos destacar aún: toda esta riqueza doctrinal se vuelca en una única dirección: servir al hombre. Al hombre en todas sus condiciones, en todas sus debilidades, en todas sus necesidades».³⁵

La sensación es que, en la manera de hacer y de enseñar de Francisco, emerge, en el sentido más genuino, la perspectiva pastoral del Vaticano II. No se trata de subestimar la doctrina, sino de pensarla en la perspectiva pastoral. Esto emerge con fuerza en la *Exhortación apostólica sobre el amor en la familia*.³⁶ El sentido cristiano del amor, de la sexualidad, de la familia, emerge en toda su plenitud, pero no como un ideal abrumador y que juzga, sino en la óptica de dar luz al camino.³⁷ La perspectiva pastoral se manifiesta como deseo de encuentro con todos, de poner en todas las situaciones signos de aliento en el camino, así como también de manifestar una Iglesia popular. Es una Iglesia que se inclina sobre las heridas, que se dice como hospital de campaña, y no por eso se siente débil. Esta perspectiva eclesial está arraigada en la iniciativa de amor de Dios. La Iglesia está en el flujo, en el proceso, del revelarse del amor de Dios.

La catequesis, mediación de un Dios que ama: conocer amando

¿Qué significa todo esto para la catequesis? ¿Qué perspectivas se le abren? La primera provocación para la catequesis es arreglar cuentas más radicalmente con la Revelación y con el acontecimiento de amor que la connota. La Revela-

³⁵ *Misericordiae vultus*, 11 de abril de 2015, 4.

³⁶ *Amoris laetitia*, 19 de marzo de 2016.

³⁷ En *Amoris laetitia*, cada vez que se invoca la doctrina de la Iglesia, sigue inmediatamente una invitación pastoral. Como si quisiera decir que la doctrina no es, en primer lugar, para el juicio, sino para indicar la dirección del camino, y en primer lugar la dirección del compromiso pastoral de la Iglesia. Un ejemplo: «Ya no se advierte con claridad que sólo la unión exclusiva e indisoluble entre un varón y una mujer cumple una función social plena, por ser un compromiso estable y por hacer posible la fecundidad. Debemos reconocer la gran variedad de situaciones familiares que pueden brindar cierta estabilidad, pero las uniones de hecho o entre personas del mismo sexo, por ejemplo, no pueden equipararse sin más al matrimonio. Ninguna unión precaria o cerrada a la comunicación de la vida nos asegura el futuro de la sociedad. Pero ¿quiénes se ocupan hoy de fortalecer los matrimonios, de ayudarles a superar los riesgos que los amenazan, de acompañarlos en su rol educativo, de estimular la estabilidad de la unión conyugal?» (Ibíd., 52).

ción es iniciativa del amor de Dios (cf. DV 2). No se trata sólo de privilegiar, en la comprensión de la catequesis, su relación con la Palabra de Dios, sino también de radicalizar esta relación, situando, en cierta manera, la catequesis en un proceso de amor gratuito, misericordioso, que se está realizando. La Palabra de Dios es iniciativa de amor de Dios, estructurada en una lógica de acontecimientos y palabras conectados íntimamente. Esta radicalización implica una profunda reflexión sobre el sentido del lenguaje, sobre la relación entre Palabra de Dios y palabra humana, sobre el sonido y sobre el cuerpo de la palabra y de la Palabra.

Ya se ha trabajado la vertiente catequesis-Palabra de Dios. La catequesis tiene en la Palabra su fuente primaria y, ya que la Palabra se expresa a través de signos conectados entre sí (Escritura, creación, tradición, liturgia, magisterio...), estos signos se convierten en las fuentes más inmediatas de la catequesis.³⁸ Esta extrae de estos signos y al mismo tiempo educa a ellos. Esto ha llevado a una catequesis que integra, de manera equilibrada, las diferentes dimensiones: bíblica, experiencial, litúrgica, ética, eclesial. Pero todo esto ha quedado, en el fondo, en el plano de los contenidos y de las atenciones metodológicas o en el plano de la educación de las actitudes. Las cuentas con la Revelación, con el Dios amor o misericordia, manifestados en Jesucristo, en un nivel más fundamental, todavía están abiertas.

La catequesis dice que educa al encuentro con Cristo, se piensa como educación a la fe, se orienta a la vida cristiana, pero hace todo esto en el interior de un horizonte (una atmósfera) que da una primacía a la comprensión más que al amor: se educa a coger (comprender) que Cristo es importante para la vida; se educa a hacer comprender (por supuesto, de manera vital, existencial) que Dios nos ama y que podemos confiarle a él; se educa al conocimiento (ciertamente existencial, en el sentido de aprender haciendo) de las diferentes dimensiones de la vida cristiana. La vida de fe sería un efecto de una comprensión gradual de la fe. Se amará a Dios y se vivirá de acuerdo con este amor a partir de una cierta comprensión de que Dios es amor.

38 Ver CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio general para la catequesis*, 15 de agosto de 1997, 94-96.

Este horizonte de comprensión, sutilmente dominante en la catequesis, tiene que ser desmontado; ya que este choca radicalmente con el sentido mismo de la Revelación, que es iniciativa del amor de Dios. La Revelación de Dios no está atravesada por una preocupación de hacernos comprender alguna cosa, sino por la gratuidad del amor, de la encarnación, de una donación radical de amor, de un cuerpo dado como alimento. Esto significa que sólo en la longitud de onda del amor se encuentra al Dios que ama; ciertamente, la sintonía es de toda la persona (cuerpo, psique, espíritu) y, por lo tanto, la mente misma vive de esta armonía y el amor se hace incluso idea del amor y del amor de Dios.

El primer problema, sin embargo, no es conocer el amor de Dios, sino *conocer amando*, estando *posicionados* en el amor. Se va conociendo que Dios nos ama mientras se ama con aquel mismo amor, mientras aquel amor ya nos está alcanzando y transformando. Se va conociendo el Dios misericordia mientras ya se le encuentra en las huellas de la misericordia de Dios. Por otra parte, ¿quién no ama, cómo podría conocer al Dios amor (cf. 1Jn 4,8)? Quién no está en un proceso de misericordia, ¿cómo podría comprender las invitaciones de Jesús a dar incluso a aquellos que no cambian y a perdonar a los enemigos? No es cuestión, en ámbito catequético, de decidir si primero viene la teoría o la práctica (pensada por lo general, incluso cuando se la coloca en primer lugar, como *poner en práctica* una idea). Es cuestión de cambiar el acento en el abrirse a otro (desafío teórico y práctico al mismo tiempo, de la mente y de las manos, y del corazón), a salir, a amar y a dejarse amar.

La sonoridad de la palabra y la primacía de la Bondad

La fidelidad de la catequesis a la Palabra, a la Revelación, al Dios misericordia, provoca radicalmente a los procesos y a la acción catequística como tales; provoca la atmósfera, el clima. Provoca la palabra no sólo porque se refiere a los contenidos, sino también y en primer lugar en tanto que es voz, sonido, cuerpo, relación, contexto vital. Se trata entonces no sólo de mediar la acción de amor de Dios, sino mediar esta acción habitándola, atravesando sus huellas, convirtiéndose en signo vivo. El hablar de Dios, que sin duda continua siendo importante, readquiriría así *sonoridad*, se alimentaría de silencios, se dejaría interrumpir por aquello de lo que la palabra vive. La

catequesis readquiriría sonoridad, se encontraría de nuevo como resonancia o *eco de la Palabra*.³⁹

Esto implica un reposicionamiento de la catequesis en relación con la liturgia y en relación con la práctica de la caridad. Sería necesario no enfatizar la idea que la catequesis, actuando sobre el conocimiento, proporciona las condiciones (de comprensión) para dar autenticidad a la participación litúrgica y para abrir la vida al amor. Sería necesario advertir que la práctica celebrativa y la práctica de la caridad ofrecen el sustrato de un conocimiento que quiere estar a la altura verdaderamente humana y de fe. Si práctica significa riesgo de salir de sí mismo (coraje de amar), la comprensión de la fe vive de práctica. La fe, en el fondo, se la práctica y, mientras se la práctica, se la va comprendiendo.

Se abren nuevas tareas para la catequética y nuevas posibles colaboraciones dentro del mundo teológico y cultural en general. El cuestionamiento de la primacía de la comprensión reenvía a la comprensión bíblico-teológica de Dios. ¿Dios en primer lugar *es* o en primer lugar *ama*? La pregunta evoca la problemática bíblica de la revelación del nombre de Dios (cf. Ex 3,14): Dios *está* en el sentido que salva, que escucha el grito de sus hijos, que nosotros podemos confiar en Él; Él, paradójicamente, se revela no revelando su nombre. El primer nombre de Dios, para evocar una cuestión teológica y filosófica tradicional, ¿es *ser* o *bondad*? ¿Dios es, y así pues ama, o bien ama, y así pues hace ser y se manifiesta en su ser? Dionisio el Areopagita respondería que el primer nombre de Dios es Bondad y hablaría del ser (de Dios y del mundo) a la luz de la Bondad.⁴⁰ La problemática tiene que ver profundamente con el sentido mismo de la educación a la fe y de la evangelización. ¿Se trata de habitar fundamentalmente el horizonte del ser y del conocimiento (hacer comprender quién es Dios y quiénes somos nosotros) o bien el horizonte del

³⁹ He intentado afrontar en esta óptica los problemas de la catequesis actual en: *Perché la Parola riprenda suono. Considerazioni inattuali di catechetica*, prefacio de A. Fossion, Elledici, Turín, 2014.

⁴⁰ Ver DIONISIO AREOPAGITA, *Nomi divini*, en Id., *Tutte le opere*, texto griego en paralelo, introducción de G. Reale, traducción de P. Scazzoso, Bompiani, Milano, 209, 353-598; ver en particular, los capítulos. IV (405ss.) y V (457ss.).

amor (del ágape, del salir de sí mismo) que nos sitúa y nos sintoniza (con los demás, con Dios y con nosotros mismos)?⁴¹

Las cuestiones planteadas también hacen surgir interrogantes (teológicos, filosóficos, pedagógicos, comunicativos) en relación con el lenguaje. ¿El sentido del lenguaje está en lo que se dice, de acuerdo con una lógica de signos que se refieren a significados, o se encuentra en la relación y en un horizonte pre-lingüístico? ¿En qué relación están palabra, silencio, cuerpo, relación? La cuestión exquisitamente humana del sentido de la palabra se entrelaza con la cuestión teológica de Dios que habla «por medio de hombres» y «de forma humana» (DV 12). ¿Cuándo una palabra humana es verdaderamente humana y cuando se hace palabra de Dios? ¿De qué manera el Dios indecible se dice? Y aún: ¿La palabra humana no es siempre y radicalmente palabra de alguien dirigida a alguien? ¿No se encuentra siempre en un dilema de amor-odio, de violencia-hospitalidad? ¿No lleva, como inscrita en su interior, una vocación al amor? ¿El Dios que ama no es como una escritura (una huella) que atraviesa nuestras palabras? ¿No sería necesario abrir una reflexión, exquisitamente catequética, sobre qué mediaciones de palabra están realmente a la altura del Dios amor, del Dios que habla por amor o que habla amando?

¿NUEVAS APERTURAS?

Este tiempo, en realidad, trae consigo desafíos radicales para la Iglesia, que se refieren al sentido mismo de la fe y del ser creyentes. Estos retos tienen su origen —y aquí estamos realmente en camino con todo el mundo— en el sentido mismo de lo humano, al que están conectadas las problemáticas estrechamente relacionadas con la vida cristiana y eclesial. La catequesis, a primera vista ámbito no excesivamente problemático o incluso casi insignificante hoy, en realidad, teniendo relación con los dinamismos más radicales del ser Iglesia, con el hablar de Dios, con la mediación entre Palabra de Dios y palabra humana, es lugar donde emergen algunos retos de forma más radical. Desde el ámbito *ad intra* se convierte en lugar de los interrogantes más amplios y más actuales. Las provocaciones (el mensaje, la capacidad de interactuar, el

41 Esta pregunta, en óptica filosófica y con aberturas a la teología, atraviesa el libro de J.-L. MARION, *Dieu sans l'être*, PUF, PARÍS, 2013.

lenguaje, los temas planteados, el estilo...) del papa Francisco son signos que ya recopilan los desafíos y que dejan entrever los caminos, prácticos y teóricos al mismo tiempo.

La praxis catequística está invitada a abrirse a nuevos desafíos. La reflexión catequética está invitada a ampliar los horizontes. Sería poca cosa quedarse en los horizontes practicados hasta ahora. Significaría sancionar un cierto cierre del mundo de la catequesis y también de la catequética. En primer lugar, la credibilidad de la catequética no depende de la forma como puede ser reconocida o comprendida por el exterior (por ejemplo, por las otras disciplinas teológicas), sino por su capacidad (interna) de captar los nuevos problemas que se plantean (quizás planteando interrogantes también a las otras disciplinas). Los problemas actuales no son sectoriales, sino globales y reconducibles, en última instancia, al significado de lo humano. Las respuestas o las indicaciones del camino no pueden ser sectoriales, incluso si parten (y deben partir) de puntos de vista peculiares. La catequética constituye un punto de vista esencial.